

**EN EL VERANO DE 1887 (MES DE JULIO), EL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT, PUBLICÓ EL ARTICULO QUE SIGUE, EN *LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA*, DEL DIA 8 de agosto de 1887, SOBRE LOS BAÑOS DE VERANO EN ESPAÑA.**

**1 de Julio 2018  
(Festividad del Cristo y Señor de la Sangre)  
Ramón Freire Gálvez.**

Ya estamos en el verano astigitano, que no es un verano cualquiera. No sé si al final será como el del 2017, igual, mejor o peor, pero aquí lo pasaremos como ha sido durante toda la vida de los habitantes de nuestra ciudad.

Recuperando de mi archivo lo mucho que poseo sobre el insigne ecijano, escritor, periodista y poeta, cual fue Benito Más y Prat, me viene a la memoria recuerdos de mi niñez, con los baños en el peligroso río Genil y en las piscinas de los años 1960, porque aquel que había podido ver la playa, con sus olas y finas arenas gaditanas o gruesas malagueñas, se podría considerar un ser privilegiado; yo particularmente las disfruté cuando tenía 18 años; algunos conciudadanos míos todavía no han tenido dicho privilegio.



Por eso, en el comienzo de este artículo, que recupero para su lectura al aire del ventilador o a las brisas que emanan del aparato de aire acondicionado o climatizador (qué moderno nos hemos puesto), inserto dos fotografías, una de principio de los años 1900, de la que fue autor Díaz Custodio, en las aguas del Genil cercanas al puente, pues había una teoría médica y



prescrita a muchos pacientes, de recibir baños en nuestro río, ya de que dichas aguas eran medicinales y otra fotografía de los años 60, en que eran muchos los ecijanos que se fueron a la que denominaron "*playa del chirrión*", para poder amortiguar un poco el calor del verano.

Sin más preámbulos, como diría aquel, paso a transcribir, con algunas ilustraciones recogidas del mundo web, el artículo al que me refería, que se titula:

## **"FANTASÍAS DE VERANO. LOS BAÑOS."**

I. Ya os veo tender la mirada a los cuatro vientos y detenerla en el Norte de España o de Francia, buscando las lontananzas azules del mar y el manso m u r mullo de las olas que van y vienen.



Huele a marisco; la brisa de la costa refresca nuestra piel, y parece que la sangre corre más tibia por las arterias; el paisaje tiene otros tonos, el horizonte se ensancha, las constelaciones se cuentan, el sol se despide más tarde de nosotros, y antes de acostarse da su función de fuegos artificiales sobre las aguas.

¡Con qué placer se saca del cofre el primitivo traje de baño! Muchas veces me he puesto a reflexionar acerca del encanto que tiene para el bañista el calarse esa especie de atavío salvaje que el pudor oficial preceptúa para la vida pública de la playa, y he encontrado trascendentales enseñanzas.

La civilización nos abrumba, nos carga, nos encanija; es una tirana cuyos grillos no podemos romper sin buscar pretextos serios y de gran pesadumbre; nuestro afán por volver al delicioso Tadmor, a la sencilla vida paradisiaca, nos lleva como de la mano a Biarritz o a las costas cantábricas. El mar es hoy lo que era ayer; en su seno no ha progresado ni la indumentaria ni la arquitectura; los mismos habitantes, los mismos trajes de escamas, que son la ropa interior

de la tierra, los mismos pueblos de esponjas y de ostras lavadas, los mismos alcázares de coral, los mismos bancos de perlas.

Siguen reinando en él Tetis y Neptuno, el elegante salmonete vistiendo de púrpura, la sabia tenca usando bigote y ejerciendo la medicina, el pez espada pinchando a la ballena, y la ballena comiéndose a las muchedumbres del gran charco.

La Naturaleza nos acerca al mar y el mar nos acerca a Dios, porque en el mar hay exuberancia de Naturaleza; todo es pequeño comparado con él, menos el ciclo que le cubre y que le *abruma*; sin embargo, como los grandes tiranos, es víctima de sus pasiones y suelen aprisionarlos algunos granos de arena.

Grilo escribió sobre su oda *Al Mar* sin haberlo visto, y no le resultó rana; lo que demuestra que bien puede caber el mar en el cerebro; el hecho es incuestionable ¡En qué cabeza, aunque no sea la del simpático poeta cordobés, no hay la mar de pensamientos, como se dice en Andalucía! A ser posible que Andrés Vesal hubiese hecho la autopsia a Colón antes de su primer viaje a América, hubiera encontrando, meciéndose en las soberbias ondas de su masa encefálica la isla de San Salvador.



Pero hoy donde se encuentra el mar con playas y hoteles y aún con billetes de primera clase para dar el viaje, es en esas cabecitas de contornos rafaélicos, en las que se pierden todos los días las manos perfumadas de las peinadores y de los peluqueros *comin il faut*. A las retinas de unos ojos azules grandes como un puerto de esperanzas y tranquilos como una baja marea, vi asomarte el otro día el Cantábrico con barcos y todo.

¿Va usted a San Sebastián?, le dije, después de observar aquel fenómeno de óptica imaginaria, con objeto de convencerme de este descubrimiento que puede, si quiere, aprovechar la ciencia.

¡No voy, estoy allí!, me dijo con una sonrisa que me hizo viajar a mí por las costas de Golconda y por las islas madreporicas.

Y en efecto, allá había volado su espíritu antes que su cuerpo, navegando por ese silencioso océano más incomprensible aún que su otro hermano de la tierra.



Y ¡cómo no ha de ser así! Los días del Edén nacen las playas de moda y la vida nueva, traída por las aguas del Jordán, viene a regenerar y a refrescar nuestra monótona existencia con el bautismo de agua salada.

¿Quién que esté familiarizado con el aspecto de nuestras playas no recuerda las felices alboradas del valle de Tadmor, y los cantos idilios de Adán y Eva?

¿Qué falta allí para que no se crea uno transportado a los felices tiempos del Génesis, y quien cree que Milton, antes de escribir *El Paraíso*, no fue aficionado a visitar las playas pintorescas de Inglaterra? Id a la hora matinal a la Concha o al Sardinero, y discurrid por todos lados hasta que encontréis un punto de vista que os haga abarcar las perspectivas completas.

Ved la elegante desnudez que recuerda la clásica hoja de parra, ampliada y perfeccionada por los tiempos; contemplad con qué cándida inocencia Evas y Adanes, ya en su traje de baño, se saludan afablemente como si después hubieran de realizar



juntos el banquete de las manzanas; ved a un lado y otro las serpientes, es decir, las suegras, los pavos reales, o como si dijéramos, los Tenorios y pretendientes; las golondrinas o aves de paso, a las que mejor pudiéramos llamar jóvenes en estado de merecer o palomas caseras, y en fin, otra porción de ejemplares de historia natural paradisiaca, entre los que habrían de figurar los solterones, a quienes podría titularse bueyes sueltos; los maridos celosos, que harían de leones o elefantes, y, por último los viudos, los primos y las jamonas, entre los que buscaríamos al saltamontes, el cuco y el martín-pescador.



Para comprender que la semejanza del Paraíso y de la playa es indudable aunque no tuvieran P, basta fijarse en que la caída del hombre y de la mujer se verifica en ellos sin interrupción. Tarde o temprano, todo el mundo cae al agua.

Me dirán ustedes acaso qué dónde está después el Jordán salvador y que como nos hemos de regenerar de esas constantes caídas que buscamos por nuestro gusto y que se repiten con general deleite en las estaciones calurosas. Pero yo os diré que esas caídas suelen llevarse a veces la felicidad, a veces la inocencia, a veces las esperanzas más halagüeñas y en su caso, el remedio es fácil; siempre tenemos a nuestra disposición el amargo Jordán de las lágrimas.

II. Que Eva se bañó en el Edén es una cosa indudable, aunque no se consigna en ningún versículo del Génesis o el Éxodo.

Y el hecho lo refieren algunos autores judíos, que lo leyeron en el Talmud primitivo del modo siguiente:



Era nuestra madre Eva una rubia de *primo cartello*, como diríamos en nuestros días; tenía una mata de pelo abundosa, como lo probó en sus frescos de la capilla Sixtina Miguel Ángel, y en cuanto a curvas y redondeces, ya se

hubiera vuelto a las espumas del Mediterráneo la misma Venus avergonzada.

Una tarde en que Adán se entretenía en contar las estrellas, que hermosas y rozagantes habían salido de manos del Hacedor sin tener soles rivales, Eva se detuvo a la orilla de un pequeño lago que en lo más bello del Paraíso se parecía, y vio en el haz del cristal aparecer su IMAGEN, que se le puso ante las narices sin más miramiento y que la contemplo como de soslayo.

Irritada nuestra madre, que ya presentía su poder sobre la tierra, dio con su pie de jazmines sobre el haz del agua, y desapareció la imagen instantáneamente; pero como quiera que ella estaba en sus dominios y ya le había dicho el espíritu de Dios que no cediera la menor parte del corazón de Adán a rival ninguna, no se anduvo en dibujos, y izas! creyendo que la imagen se hallaba en el fondo del lago, se arrojó tras ella.



Las aguas, que por primera vez sentían en su seno las desnudas formas de la compañera del hombre, agolpáronse para besarla y abrazarla, y refrescaron su piel que habían encendido los celos. Eva las acaricio también y puso su boca al nivel del haz para que se recrearan entre sus labios. Las aguas le dijeron al oído, cuidando de no traspasar aquel abismo de rosa:

"Mira, hermosa Eva, en nuestra superficie esta el espejo; tal como eres te reproducirás en él."

Desde aquel día Eva tuvo el baño y tuvo el espejo, y no quiero decir a ustedes como se le fueron las horas, ya entretenida en trenzarse el cabello, ya solazándose en el seno de las juguetonas aguas. En los largos días del ostracismo, Eva zambullo a Adán; el chapuzón monstruo fue el Diluvio, del que no escaparon más que los recogidos en el Arca.

El baño en la antigüedad es una necesidad reconocida, David se enamora de Betsabé en el baño; Ruth, antes de acostarse a los pies de Booz sobre la parva, se baña y se unge con bálsamos y esencias; el conflicto en que se halló la casta Susana es conocido de todos, y tanto Esther como Semiramis, lo mismo Cleopatra que Elena, antes de vestir la blanca túnica o la clámide empapada en púrpura, se entregaban a sus esclavas para que las bañasen y cubriesen de ungüentos y pomadas orientales.

Roma no había de permanecer indiferente a tales ejemplos; y aunque las Virginias y Lucrecias de la República no fueron muy aficionadas a tales deleites, pronto sus descendientes pisaron las termas del Imperio, que llegaron a ser los sitios de reunión de la

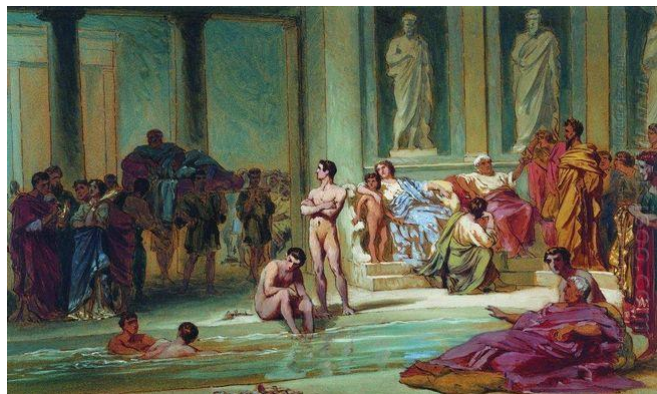


sociedad elegante, ni más ni menos que nuestros modernos balnearios. Allí se charlaba, se reía, se murmuraba, se proyectaban jiras o excursiones a los templos y villas vecinas, se concertaban citas y matrimonios, se recitaban versos y se hacía política, leyendo y comentando el *Acta Diurna*, como en Biarritz y Mondariz.

Los elegantes del tiempo de Caracalla esperaban en los anchos pórticos de las termas, ni más ni menos que nuestros *sprints forts* del día, a las hermosas matronas y a las doncellas envueltas en su fino hymation, con objeto de piropearlas a la salida de aquellos grandiosos establecimientos; y cuando bajaba de una litera, como puede bajar hoy de un hooper o de una victoria, alguna dama de campanillas, que dejaba ver sus pies calzados con elegante sandalia, como hoy se muestra con zapatito francés o botita inglesa, descalzábanla a su sabor y aun la desnudaban con el pensamiento, ni más ni menos que hace el bañista moderno que atisba en la playa las excelencias de un hombro curvo o de un pie de almendra.

Las delicias de la variedad de inmersiones también las gozaron los habitantes de Roma y Pompeya antes que nosotros; de ello nos dan testimonio los distintos y múltiples aposentos que usaban y las diversas temperaturas a que solían procurárselas.

Del *baptisterium* pasaban al *frigidarium*, de éste al *tepidarium*, y algunos al *sudatorium* para gozar de todos los grados. Las damas casi siempre hacían estación en el *vestiario* o *apodycterio*, donde se entregaban a los esclavos para que les





vistiesen sus finas túnicas de lino. Otras eran ungidas, perfumadas y raspadas con espátulas de plata al salir del baño templado, habiendo también servidores llamados *alipili*, que tenían la misión de depilar y cortar las uñas.

Nosotros hemos simplificado un poco la operación, multiplicando los balnearios y buscando, según la prescripción médica, ya el baño termal o mineral, ya el gustoso y reconstituyente



baño de agua salada. Este último es el verdadero baño de placer de la Edad moderna, y aunque los medicinales suelen estar adornados con las galas de la Naturaleza y del arte, como acontece en Cauterets, Caldas y Urberuaga, es el caso que a los organismos jóvenes y sanos los

solicita principalmente la sirena de la playa.

Los antiguos no conocieron este lugar de delicias, en el que hubieran podido hallar, como nosotros, el Edén y el Olimpo, todo en una pieza. Si Apeles tuvo la fortuna de ver alguna que otra vez a Frinca sumergir sus formas nevadas en las aguas azules del Mediterráneo, es indudable que solo en alguna que otra *cocotte* de Atenas tuvo imitadora. Las mujeres griegas se bañaban en el gynéceo, y las sacerdotisas solían permitirse tan solo la libertad de hacerlo en las piscinas del bosque sagrado. La playa a cielo abierto, a plena luz, con sus encantos y pictóricos detalles, pertenece a la Edad moderna.

En una de las misteriosas noches de la Historia, el Mar se rebeló contra las deidades politeístas, y sacudiendo su inmenso lomo cubierto de espuma, hizo pedazos el tridente a Neptuno y rompió contra un acantilado la cabeza. A la hermosa Tetis no le valieron sus nacaradas formas ni su ropaje verde esmeralda; el titán con cabellera de olas la estrujo entre sus brazos y la arrojó sin vida sobre el promontorio.





Los tritones, nereidas, ondinas y demás súbditos del dios estrellado, comprendiendo que correrían igual suerte, abandonaron sus lechos de algas y sus palacios de coral, y tomaron la del humo más que de prisa. Desde entonces fueron libres el delfín, la foca y el caballo marino; dejaron las sirenas de entonar sus melifluos cantos, y quedaron las playas desiertas y silenciosas.

No existían aún San Juan de Luz, Biarritz, San Sebastián, ni otros renombrados balnearios.

III. Dícese, sin embargo, que la soledad espanto al monstruo, y que al ver estrellarse un día y otro día sus olas azules en los carcomidos peñascos de la costa, gimió como viudo y llamo con la voz de la tempestad a los alegres espíritus de las aguas que animaban con sus juegos sus horas de calma, y cuyos hermosos cuerpos acariciaba con besos de espuma.

Pero las nereidas permanecieron sordas a sus ruegos, y los tritones se negaron a descender del signo de Acuario, donde se habían refugiado. El mar, desesperado entonces, se distrajo de su eterna murria destrozando fragatas y echando a pique acorazados.



Más he aquí que cierto día de la canícula, una caravana de turistas se detiene en una pintoresca playa y planta en ella sus reales, dando origen y ocasión al primer balneario. ¡Con qué placer no recibe el mar a la elegante *troupe* que viene a sustituir a sus antiguos mitos y a dar nueva vida a sus riberas solitarias! No es la nereida de cuerpo impalpable y diáfano como sus olas; no es la sirena, cuya voz parece copia del ruido que el viento suele hacer en las rocas; es la mujer tal como se vio en las mañanas del Edén, de bulto, de carne, de piel templada por el sol de la tierra, no fría como el pez, no áspera ni desapacible como la foca.

El mar, al estrecharla entre sus brazos de cristal, la arrulla dulcemente, como el Cíclope arrullo a Calatea, y le da toda su sal, toda su espuma y toda su transparencia. Alfombra para ella la orilla de conchas de mil colores y de caprichosos dijes que brillan entre la blanda arena; hace que sus olas, de ordinario broncas y murmuradoras, susurren al morir a sus pies un delicioso himno de amor; la atrae dulcemente a su seno y vuelve a llevarla a la margen como si la meciera en una hamaca; juega con sus cabellos si no están aprisionados en el sombrero de baño, y se entretiene en saltar por encima de sus hombros, besándola de paso en la boca.

¡Ya el mar no está solo!; aquí del soñador y del poeta; en soberbia síntesis se han reunido dos abismos; el Océano ha recibido a la mujer. Se ha realizado la boda de lo incognoscible y de lo insondable. Ya podemos hablar de la mar... y de la mujer, que es durante la época de los baños, no su opuesto, sino su natural complemento.

Estamos en cualquiera de los balnearios de moda; escojan ustedes; Aix-la-Chapelle, Boulogne-sur-Mer, Biarritz, San Juan de Luz, Arcachon, San Sebastián, Dieppe o las costas Cantábricas; en todas partes plantan sus reales las elegantes nereidas de nuestros días y los escamados tritones del siglo xix.

*Tableau.* El mar, durmiéndose en lecho de fina arena; líneas movibles que se esfuman en el horizonte; al frente el espacio inmenso, que manchan la vela y la gaviota; a la espalda, el pueblecillo encaramado en la colina, colgado del peñasco o perdido en la pendiente; entre los álamos, entre los fresnos o entre los alisos, el chalet o el hotel, de moderna factura, desde cuyos miradores o desde cuyos terrados pueden contarse las constelaciones y saber *por qué se bañan las dos Osas*. En el gran llano de arena, grupos de turistas de ambos sexos, vistiendo los caprichosos trajes de baño y dispuestos a saborear la pérfida caricia de la ola; torsos de Venus y espaldas de Sátiros; siluetas dignas de eclipsar la de Susana, y caricaturas de Ortego; curvas correctas y líneas quebradas; grupos de curiosos y



de pesquisidores; blanco y azul, rojo y gualda, negro y oro, rosa fané y rosa vivo; blusas, calzoncillos, sombreritos de paja y gorros de dormir, he aquí la mancha de la playa.

Hagamos ahora destacarse las figuras.

Dos rubias soberbias, con las crenchas tendidas, ceñidas las blusas y cogidas del brazo, bajan al mar pausadamente, haciendo que abra tanta boca un señor gordo, dios Término del baño de hombres, que cubierto solo con cinto de punto rojo y azul y cingulo de vejigas sopladas, va también a entrar en el agua.

¡Tate! D. Trifón, dice una de ellas mirándole con disimulo por encima del hombro.

Ya lo veo, contesto la otra; pero déjale, que esta detrás el que ha de llevarme al hotel la pulsera de brillantes.



Tres adolescentes delgadas como espátulas y semejantes a tres Gracias de escayola, se acercan a la orilla al propio tiempo que un triunvirato de jóvenes que las flechan desde lejos.

¡Qué vergüenza!, dice la de en medio. Luisito me va a

ver las pantorrillas.

¡Qué tonta eres!, dicen sus compañeras, no ves que las tuyas entran en combinación con las nuestras.

De la fila de elegantes *bathing-boxes* sale un prodigio de hermosura con marinera escotada, y dos brazos que son sin duda los que robaron a la Venus de Milo. Al tocar el agua con su sandalia, mira hacia el baño de hombres, y dice, ahogando un grito de asombro:

¡Cielos, mi esposo y Pachín! ¡Qué caprichosa dualidad! ¡Usan hasta los mismos calzoncillos!

Pueden destacarse también, en los primeros términos del cuadro *verde mar* de la playa, la elegante dama de la *high life* que al salir de su *bathing boxes* se asemeja a Cleopatra o a la hija de los Faraones por su apostura y por su séquito; la traviesa horizontal que nada, como pez *qu' elle est* y pugna por copiar entre las olas a

la protagonista de *La Mujer de fuego*, la soñolienta recién casada que cierra los ojos aún al borde del abismo; por último, la coquetuela adolescente, que separándose de su mamá, señora de pesqui y de peso, dice a su amiguita en voz baja:

¡Qué lástima que en las playas no se haya establecido el teléfono! ¡Cuántas cosas bonitas nos diríamos Ricardito y yo dentro del agua!

Aquí vendría de molde una plasta de figuras masculinas; pero son más difíciles de bosquejar y menos simpáticas. La línea y el color que predominan en el campo de las casetas pertenecientes a las nereidas de nuestro siglo, se apagan o abigarran de un modo notable cuando pasamos al dominio de los tritones del turismo o del *sport* moderno.

Los tiradores de palomas y los corredores de jabatos, los ciclistas y triciclistas, los jokeys de distinción y los *sportsmen* y *leaders* de alto bordo piden un pincel más atrevido y más docto. Por otra parte, dadas las corrientes realistas, tendría que perder el tiempo recordando en Darwin la teoría de la selección, y como en este punto es fácil naufragar en la orilla y hay paginas tan pérfidas como las olas, no quiero convertirme en el último mono.



BENITO MAS Y PRAT. Julio 1887."

(En la foto que aportó, el brillante escritor ecijano).

No me canso de repetir una y otra vez, en cada ocasión que tengo de aportar algún escrito, artículo, poesía u otros, de Benito Mas y Prat, la innata calidad más auténtica emanada de su pluma, pues al completar de leer el artículo, dejando solamente una puerta abierta a la imaginación, se traslada uno a los lugares donde refleja su contenido. Que daría yo y creo que alguno más, de haber tenido la dicha de poseer, siquiera un trozo, de la tinta que llenaba su espléndida pluma literaria.

Que, como siempre, lo disfruten y compartan. No se agobien por el o la caló, es como todos los veranos, nos acordamos de ello



cuando llegan, pero, como ocurre de forma cíclica, ya vendrán tiempos mejores y... más fresquitos.